

Los dos amigos se miraron un momento, y despues cada uno de ellos se puso á buscar en su pensamiento aquella dificultad inesperada, miéntras Miguel se complacia viéndolos devanarse los sesos, sin encontrar dificultad alguna que oponer á un matrimonio que cinco minutos ántes no tenian por donde coggerlo.

Verdaderamente era un cambio de situacion bastante cómico, y al mismo tiempo bastante natural; y tan inesperado para Miguel, que mirándolos alternativamente, se restregaba las manos con la satisfaccion del hombre que repentinamente se encuentra con la novedad de que le ha caído la lotería.

Despues de algunos instantes de reflexion, Guillen cogió su sombrero, y le dijo:

—No caigo..... no sé qué demonio de dificultad es ésa.

—¿Y tú, le preguntó Miguel al bolsista, caes en la cuenta?

—Yo, le contestó, encogiéndose de hombros, no doy en el *quid*.

—Eso consiste, dijo Miguel, en que buscáis la dificultad en ella, cuando realmente

está en mí. ¿Os admira?..... pues vais á salir de dudas; la Marquesa es rica, lo cual es una ventaja; pero yo soy pobre, y hé ahí el inconveniente.

La admiracion de los dos amigos llegó á su colmo; jamas se les hubiera ocurrido dificultad semejante; no comprendian cómo podía ser aquello. Entónces recordó Medina que Matusalem habia dicho: «Quizá le convendria más perder que ganar», y empezó á sospechar algo del absurdo sentido de aquellas palabras, y se echó á reir, diciendo:

—Explícanos eso, si es que hemos de entenderte.

—Bah, exclamó Miguel; me juzgais por vosotros mismos, y por consiguiente, no veis más allá de vuestras narices. Yo sería el hombre más feliz del mundo, si al pedir la mano de la Marquesa pudiera ofrecerle una fortuna por lo ménos igual á la suya. De otra manera, este matrimonio me humilla; es una desigualdad que me ofende.

—Cierto, dijo el bolsista..... para todo se necesita dinero; mas para nada se necesita tanto como para ser rico; esto es de senti-

do comun; pero no veo cómo puedas salir del paso, á no ser que renuncies á ese matrimonio.

—Eso sería lo más prudente, añadió Guillen.

—Eso no es posible, replicó Miguel; pero puedo ganar tiempo, y el tiempo es oro.

—¿Es decir, preguntó Medina, que quieres hacerte rico en un abrir y cerrar de ojos?

—Estoy en la *buena racha*, y voy á jugar á la bolsa; *audacés fortuna jubat*. Y ahora recuerdo que al entrar dijiste que nos esperaba un gran negocio y un buen almuerzo; ¿qué negocio es ése?

Medina, moviendo la cabeza con desaliento, contestó:

—Ése es negocio perdido. ¡Un negocio de trescientos mil duros de renta!

—¡Soberbia fortuna, exclamó Guillen!

—Y á toca-teja..... añadió Medina.

Miguel preguntó con viva curiosidad:

—¿Y cómo en el espacio de una hora se ha perdido tan buen negocio?

—Imáinate, contestó el bolsista, que tan pingüe fortuna te estaba esperando casi

casi con los brazos abiertos; pero que tú, en vez de tender la mano hácia ella, la has tendido hácia la Marquesa.

—Cabal, dijo el médico; ésa es la historia.

—No os entiendo.

—Pues es muy sencillo: si en vez de casarte con la Marquesa te casáras con la criolla, en vez de buscar un capital dudoso, te encontrarías con una renta segura.

—Eso sería venderme.

—Pues mira, prescindiendo del tierno amor que os profesais, casarte con la Marquesa es al fin y al cabo alquilarte.

—Por eso, exclamó Miguel con vehemencia, aplazaré mi matrimonio hasta que haya hecho una fortuna.

El médico interpuso esta observación profunda:

—Eso será si á la Marquesa no se le ocurre tener prisa.

—Estais locos, dijo Miguel. La criolla es la prometida del Duque.

Los dos amigos soltaron á un tiempo la carcajada.

—¿De qué os reis? preguntó Miguel; porque, francamente, jamás he oído una carcajada ni más intempestiva ni más absurda.

—Nos reimos, contestó Medina, del Duque, tu señor, que va á venderse por trescientos mil duros de renta. Pero ya que se ha perdido tan buen negocio, me parece que no debemos perder el almuerzo.

Los tres tenían los sombreros en las manos, y no tuvieron que hacer más que ponerse en marcha.

Guillen echó delante, y Miguel cogió el brazo de Medina, preguntándole:

—Con suerte y con audacia, ¿en cuánto tiempo se puede hacer fortuna en la Bolsa?

—En muy poco tiempo..... Ahora se ha levantado una fortuna casi de repente. En dos meses ha hecho un capital muy respetable..... A Redondo le ha cogido en la última jugada la insignificante cantidad de dos millones y medio de diferencias, y ha estallado entre ambos una guerra á muerte. Yo soy el agente de confianza de Redondo, pero me entiendo también con el otro.

—¿Y quién es el otro? preguntó Miguel.

—El otro es un hombre que lo entiende; un hombre que adivina las oscilaciones de los valores públicos; parece que tiene las cotizaciones en el bolsillo; en la Bolsa es una potencia.

—¿Y cómo se llama esa potencia que tiene las cotizaciones en el bolsillo?

—Se llama Gil y Agudo.

—¡Gil y Agudo! exclamó Miguel.

—Es decir, añadió Medina: el Sr. D. Antonio Gil y Agudo.

En esta conversación llegaron á la puerta de la calle, en la que los esperaba el coche en que Guillen y Medina habían venido.

Subieron en él los tres amigos, dió Guillen al lacayo las señas de la casa de Matusalem, y el coche partió con ese trote reposado de los caballos que no tienen prisa.

Adelantémonos nosotros y vamos á esperarlos en la casa del insigne Alejandro, que encontraremos abierta en el capítulo siguiente.